
I

Voy ya á entregarme al sueño del descanso; dentro de unas breves horas, que mi corazón tiene contadas, me entregaré al sueño de la Eucaristía; pasados unos días, que sólo Tú, Dios mío, puedes contar, voy á dormir el sueño de la muerte.

Para este primer sueño, estoy en mi lecho; mañana, para mi segundo sueño, estaré en el altar; después, para el tercero, estaré en el sepulcro.

Durante el primero, la naturaleza reparará mis miembros fatigados, devolviéndoles el vigor, la flexibilidad y la energía; durante el segundo, la gracia restituirá la robustez á mi alma decaí-

da, porque es el trigo de los escogidos y el vino que hace germinar la virtud que es el fundamento de la fortaleza: ¹ durante el tercero, no quedará ni sombra de la fatiga, ni huella del cansancio.

En mi primer sueño, todo desaparecerá para mí, pues habrá en mí una suspensión de la vida; en el segundo, todo desaparecerá ante mí, pues me alejaré á una distancia inconmensurable del mundo; en el tercero, todo desaparecerá en mí, pues habré vuelto á la nada por el camino de la destrucción.

Mi sueño de hoy, es un preludio de mi sueño de mañana; y mi sueño de mañana, una preparación para mi último sueño. . . . como las angustias de mi Redentor en el Gethsemaní, fueron el preludio de su Pasión, y su Pasión tuvo por término su muerte.

Las palabras que escucharon los discípulos en aquel huerto, las escucho yo

¹ Zac. IX, 17.

hoy en su sentido material, cuando oigo que por la voz de la naturaleza me dice: *duerme y descansa*; ¹ las que en el mismo lugar escucharon aquéllos, cuando «sus ojos estaban cargados de sueño,» ² las escucharé yo mañana, cuando mi corazón esté abrumado por la felicidad, en los instantes en que, saliendo del tabernáculo para reposar en mi pecho, me diga con el lenguaje de la gracia: *vela y ora*; ³ y las que de los mismos angustos labios salieron en los momentos en que se entregaba á la muerte, las escucharé en mis últimos instantes, cuando por los labios de su Ministro, intimando á mi alma la orden de salir, me diga: *levántate y vamos*. ⁴

En mi sueño de hoy, estaré, en la apariencia, reducido á la nada; en mi sueño de mañana, estaré, en realidad, iden-

¹ S. Mat. XXVI, 45. S. Marc. XIV, 41.

² S. Mat. XXVI, 43. S. Marc. XIV, 40.

³ S. Mat. XXVI, 41. S. Marc. XIV, 18. S. Luc. XXII, 46.

⁴ S. Mat. XXVI, 46. S. Marc. XIV, 42.

tificado con el infinito; en mi sueño final, mi cuerpo se reducirá á la nada, volviendo al polvo de que fué hecho, y mi alma, envuelta en el todo de su inmortalidad, se remontará á Dios para quien fué criada.

Para mi sueño de hoy, mi cuerpo busca el abrigo bajo las blancas sábanas; para mi sueño de mañana, mi alma quedará hermoseedada por la infinita belleza de aquel Señor altísimo, que se oculta bajo las cándidas especies; para mi último sueño, mi cadáver será envuelto en blanco sudario.

Hoy, para entregarme al sueño de mi descanso, me despojo de mis habituales vestidos; mañana, para reposar en el sueño de la Eucaristía, me despojaré de la levadura del hombre viejo; después, para el sueño de mi muerte, me desprenderé de mi envoltura material.

Una buena noche me desean—quizá sólo con los labios, y cediendo á las exigencias de una costumbre—los que se

despiden de mí; cuando me voy á entregar á mi primer sueño; la indulgencia, la remisión y el perdón de mis pecados, me desea con el corazón el Sacerdote, haciendo uso de su autoridad, cuando me voy á dormir en el segundo; que descanse en paz, me deseará la caridad cristiana en mi último sueño, cuando entre el luto de su dolor recoja para mí todos los tesoros de la Iglesia.

Para que mi sueño de hoy sea tranquilo, me reclino, buscando su protección, en el regazo de Jesucristo; para que mi sueño de mañana sea santo, descansaré mi cabeza sobre su bondadoso corazón; para que mi último sueño sea feliz, me arrojaré de lleno en los brazos de su Misericordia.

Mi sueño de hoy, voy á dormirlo en mi hogar; para mi sueño de mañana, necesito ir al Santuario; para mi sueño final, me aguarda el Cielo.

En el sueño natural, descanso de mis sufrimientos; en el sueño Eucarístico, mis

sufrimientos se convierten en goces; en mi último sueño, no tendré ni goces ni sufrimientos.

Los primeros pasos que doy cuando acaba el día, son para dirigirme al lecho en que me espera el sueño de mi descanso; los primeros pasos que doy cuando la noche termina, son para acercarme al altar, donde me espera el sueño de la Eucaristía; los primeros pasos que daré cuando mi vida se apague, serán para ser conducido al sepulcro, donde me espera el sueño de la muerte.

Mi sueño natural representa un día más en mi vida; mi sueño Eucarístico, una gracia más en mi alma; mi sueño de muerte, el fin de todos mis días y la conclusión de todas las gracias.

Después de mi sueño, ya no puedo volver á dormir: el trabajo me reclama; después de mi comunión, ya no puedo volver á comulgar: en el mismo día; después de mi muerte, ya no puedo volver á morir; la muerte es única.

Junto á la cruz que está fija en la cabecera de mi lecho, me entregaré al sueño de mi descanso; al pie de la cruz que se eleva en el altar del Sacrificio, gustaré el sueño de la Eucaristía; bajo la cruz que ha de coronar mi sepulcro, dormiré el sueño de la muerte.

El sueño de mi descanso, no dura más que unas horas que rápidamente pasan; el sueño de la Eucaristía, dura tan sólo un instante que casi no se siente; el sueño de la muerte, dura por toda la Eternidad. El primero lo paso en mi lecho; el segundo lo duermo en el altar; el tercero lo dormiré en el sepulcro.

Para cuidar el sueño de mi descanso, el Señor ha puesto á la cabecera de mi lecho un ángel que aleje de mí las imaginaciones que puedan perturbarlo; para protegerme en el sueño de la Eucaristía, me ha preparado al pie del altar un espléndido festín contra todos aquellos que me persiguen; ¹ en el sueño de

¹ Ps. XXII, 5.

mi muerte, me hará salir de las batallas de la vida por las puertas de mi sepulcro, victorioso de todos mis enemigos.

Al ocupar mi lecho para dormir el sueño de mi descanso, apago la luz de mi bujía para quedar entre las sombras de la noche, secuestrado de todo lo que me rodea y entregado á mí mismo; cierro los ojos para no ver más que mi reposo, é insensiblemente me voy reduciendo á la nada: dormido en este sueño, ya no soy un hombre. Al acercarme á la Sagrada Mesa para recrearme con el sueño de la Eucaristía, sofoco la luz de mi razón para quedar entre las sombras del misterio, separado del mundo de los sentidos y concentrado en mí; cierro los ojos para no ver más que mi alma, é insensiblemente me voy dilatando en el infinito: dormido en este sueño, de alguna manera me he transformado en Dios. Y al descender á mi sepulcro, para dormir el sueño de la muerte, se extinguirá la luz de mi vida, para dejarme

entre las sombras del no ser, alejado de la tierra, en cuyo seno avanzaré rápidamente á mi destrucción: en este sueño, desligada el alma del cuerpo, no seré más que un cadáver primero; un esqueleto después; un puñado de polvo en conclusión, la misma nada.

II

Muchas veces, al entrar al lecho de mi descanso para buscar el sueño, hallo el insomnio! Muchas otras, al acercarme á la Sagrada Mesa para recibir la Eucaristía, siento la sequedad! Muchas más, al pensar en la muerte, me hielo de espanto!

En aquel insomnio, en vez de la tranquilidad, siento la inquietud; dejo una postura para tomar otra postura; á un movimiento se sigue otro movimiento; una incomodidad se eslabona con otra incomodidad. Las ropas me estorban,

las almohadas me molestan, el lecho mismo me causa malestar. Los oídos me zumban, los ojos me arden, los miembros me duelen, mi cerebro se quema, y ansío por ver brillar la luz del día, que ponga fin á esa noche interminable. . . Es que el organismo no está muy sano.

En esa sequedad, en vez del recogimiento, me derramo en la disipación; en cualquiera posición me siento incómodo; con cualquier pensamiento estoy distraído, y sin cesar me encuentro perturbado. Los recuerdos me asaltan, los dolores me oprimen, las tentaciones me atribulan, y ansío. . . . qué horror! porque termine el Sacrificio para alejarme del Santuario. Es que la conciencia no está muy limpia.

En este pensamiento, casi no acepto la idea de la muerte; casi no veo en ella la consecuencia del pecado; casi pongo en tela de juicio su certidumbre; casi no me conformo con su necesidad. Es que la vida no está muy arreglada.

Pero ay! que ésto no es lo debido, ni lo natural, ni lo deseado! Se necesita buscar en la medicina ó en la higiene, un remedio contra aquel insomnio; en la penitencia y la oración, un antídoto contra esa sequedad; en la confianza en la bondad divina, un preservativo contra esta rebeldía.

Hay en el organismo humano numerosos medios naturales, que por su aplicación lo regularizan: son los confortativos. Hay entre su marcha general, recursos, no pocos, que por su eficacia lo fortalecen: son los estimulantes. Hay entre sus facultades una, y tal vez la principal, que por su esencia lo reconstituye: es la de la conservación. De la misma manera, hay en el espíritu del cristiano una luz sobrenatural, que con sus resplandores lo ilumina: es la Fe. Hay en sus afectos una fuerza ascensional, que por sus aspiraciones lo elevan: es la Esperanza. Hay en su corazón un fuego divino, que con sus ardores lo abra-

sa: es el Amor. Y estas tres virtudes, en el sueño de la Eucaristía, como en el sueño de la muerte, producen en el alma los mismos saludables efectos, que los recursos que devuelven al cuerpo, con la salud, el sueño del descanso.

III

Con mucha razón los mitologistas no designan el sueño sin acompañarlo del adjetivo *dulce*, que parece que le es inseparable! Con mucha más razón los cristianos no designan la Eucaristía sin acompañarla del adjetivo *Sagrada*, que le es esencial.

El sueño natural es dulce, por las sensaciones agradables que lo acompañan; el sueño Eucarístico es dulce también, porque encierra en sí toda delicia.¹

El sueño natural repara las fuerzas

¹ Sab. XVI, 20.

del cuerpo, porque proporciona á éste el descanso; el sueño Eucarístico sustenta el alma, porque es «el Pan vivo bajado del Cielo.»¹

El sueño natural produce en el cuerpo un delicioso enervamiento, porque es un bálsamo que proporciona el placer; el sueño Eucarístico envuelve el alma en una celestial embriaguez, porque es «el vino que engendra vírgenes.»²

El sueño natural suspende la vida del cuerpo; el sueño Eucarístico desarrolla la vida del alma.

El sueño natural inhabilita al hombre para el pecado; el sueño Eucarístico lo sumerge en la gracia.

El sueño natural separa, por decirlo así, al hombre de sí mismo; el sueño Eucarístico lo une estrechamente con Dios.

El sueño natural cercena á la vida todo el tiempo que mide su duración; el sueño Eucarístico le inyecta sin cesar

¹ S. Juan VI, 51.

² Zac. IX, 17.

la gracia, mientras no se destruyen sus efectos.

El sueño natural le dice al cuerpo: descansa; el sueño Eucarístico le dice á el alma: merece.

El sueño natural conserva al hombre su cuerpo para la vida transitoria; el sueño Eucarístico guarda su alma para la vida eterna.

El sueño natural es un don de Dios; el sueño Eucarístico es el don de los dones.

En el sueño natural nos da Dios mucho; en el sueño Eucarístico nos lo da todo.

En el sueño natural dormimos; en el sueño Eucarístico gozamos.

En el sueño natural nada vemos y nada sentimos; en el sueño Eucarístico vemos el Cielo y sentimos á Dios.

En el sueño natural todo nuestro mundo está en nuestro lecho; en el sueño Eucarístico todo nuestro mundo está en el Altar.

En el sueño natural nuestra vida se confunde con la nada; y la miseria, que casi se identifica con la nada, es la condición de nuestra vida: en el sueño Eucarístico, el infinito baja á encerrarse en nuestra nada, y nuestra nada se sublima hasta llenar el infinito.

Todos los pasos, las preocupaciones, los quehaceres, las necesidades y aún los padecimientos del día, terminan en el sueño; todas las aspiraciones, las virtudes, los merecimientos, los goces y aún las sequedades del alma, convergen hacia la Eucaristía.

Tiene el sueño natural un accidente especialísimo, cuyo carácter principal es el misterio. Tomando la vida las apariencias de la nada, imprime á la nada las apariencias de la vida.

El que vive, muere en el sueño: el sueño es la apariencia de la nada. El que duerme, vive en los sueños: los sueños son la apariencia de la vida.

Así como en la muerte el espíritu se

desprende de la materia, y en esta separación es en lo que consiste, así en el sueño esta separación se efectúa de una manera aparente, y tal vez parcial. La materia se conserva inerte; pero el espíritu recobra nueva vida, y vive con caracteres especiales.

Posee una sutileza tal, que por todas partes penetra; se mueve con tal velocidad, que instantáneamente recorre inmensas distancias; es tan rico, que posee todos los tesoros; tan feliz, que están á su alcance todas las delicias.

Crea, y se pone en contacto con seres que nunca han existido; resucita, y extiende ante su vista seres que ya se han olvidado.

Se sostiene en el aire, como libre de la pesantez; marcha sobre las aguas, como sobre una superficie resistente. Tiene el don de inventar, y hace portentos; tiene la facultad de descubrir, y parece ver lo que encierra el futuro. En la oscuridad ve las luces más resplande-

cientes; en el silencio escucha las armonías más melodiosas; establece sus posesiones en el espacio; dilata sus dominios en la inmensidad, y esa nueva vida está caracterizada por nuevas propiedades.

Los sueños le hablan, cuando el Señor quiere, con el lenguaje de la advertencia como á los Reyes Magos; ¹ con el del aviso como á S. José; ² con el de la promesa como al coperero de Faraón; ³ con el de la amenaza como á Nabucodonosor; ⁴ con el de la profecía como á Faraón; ⁵ con el de la glorificación como á José el hijo de Jacob; y sin hipérbole puede decirse que le hablan en todos los idiomas y con todas las significaciones.

No de otra manera sucede en el sue-

¹ S. Mat. II, 12.

² Ib. 13.

³ Gen. XL, 13.

⁴ Dan. IV, 7 á 23.

⁵ Gen. XLI, 1 á 32.

ño Eucarístico, cuya esencia y encanto es el misterio.

Del anonadamiento más completo á que la humildad reduce al cristiano, pasa á la elevación más inconcebible á que la gracia lo levanta.

El que comulga, muere para el pecado; y el que está muerto para el pecado, vive para la Eucaristía. Porque el que está muerto para el pecado, no vive ya en el pecado; es decir, no vive en sus costumbres, no vive en sus placeres, no vive en sus pasiones, no vive en sí, y puede con toda exactitud decir con el Apóstol: «no soy yo quien vive; Jesucristo es quien vive en mí;»¹ y viviendo Jesucristo en él, él á su vez vive en Jesucristo; y esta mutua, recíproca y común vida, sólo puede darla la Eucaristía.²

Como en el sueño, y más que como en el sueño, como en la muerte, el es-

¹ Gálat. II, 20.

² S. Juan VI, 57.

píritu se aparta del amor á la materia, en la Sagrada Eucaristía: pues mientras el cuerpo queda olvidado de sí mismo en el silencio más absoluto y en el recogimiento más completo, el alma, arrebatada por los ángeles, que á su lado opacan su brillo y empequeñecen su hermosura, va á vivir, en una vida celestial, á regiones desconocidas.

Con la sutileza y la agilidad propia de los espíritus angélicos, y que como dotes celestiales adornaron en su resurrección gloriosa el cuerpo de Aquel, con quien por la Comuni3n se halla identificada, penetrará más allá de la superficie del misterio, y podrá contemplar las grandezas que en él están escondidas, y las seguirá en el encadenamiento infinito con que se eslabonan, hasta llegar al Corazón de Dios; y encontrando en él una segura prenda de lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni puede comprender la inteligencia ni sen-

tir el corazón,¹ se verá ya como dueño de las más grandes riquezas y rodeado de la más completa felicidad.

Con la facultad de crear, hará salir de su propia nada, donde antes sólo residía el pecado, afectos tiernos, sentimientos nobles, pensamientos elevados, homenajes dignos, propósitos firmes, resoluciones inquebrantables.

Con la facultad de descubrir, verá algo de lo que vió el Discípulo predilecto aquella noche memorable, cuando se reclinó donde ahora este cristiano venturoso se halla reclinado.

La fuerza de la pesantez que debía atraerlo hacia la tierra, está destruída por una fuerza ascensional que lo eleva al Cielo.

En su fervor inventa medios para corresponder á los beneficios de tan maravillosa invención; en su contemplación

¹ 1^a Cor. II, 9.

descubre la fuente de donde brotan esos beneficios.

Su Fe está llena de luz; su oración, llena de armonías; sus deseos se extienden en la inmensidad; sus posesiones se limitan en el infinito.

Como los Reyes Magos, ofrece á su Dios, en cuya presencia se siente, el oro de su caridad, la mirra de su penitencia y el incienso de su adoración; como su Padre Putativo, guarda en su corazón al huésped divino que en él reside, para ponerlo al abrigo de las ofensas de la impiedad; como el copero de Faraón, llena su propia copa con el vino más generoso, para embriagarse dulcemente con su contenido; como las vacas salidas del Nilo y las espigas agostadas, destruye con la austeridad y la mortificación, los robustos y vigorosos efectos del regalo y el sensualismo; y como el hijo predilecto de Jacob, contempla que, al verlo á él tan íntimamente unido con su Dios, los espíritus angélicos le tribu-